

MIERCOLES SANTO.

En este día propiamente comienza el gran luto de la Iglesia, porque en él fué cuando se reunieron los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, y los ancianos ó magistrados, para deliberar sobre los medios de verificar por fin la prision de Jesucristo, y en él quedó resuelta su muerte. Por esto, despues del Viernes santo, no hay otro que esté mas particularmente consagrado á la pasion de Jesucristo. El Miércoles santo fué cuando se dictó el decreto de muerte contra este divino Salvador, y el Viernes santo cuando se ejecutó esta cruel é injusta sentencia. Esto es lo que ha movido á la Iglesia (segun san Agustín y los demás santos padres) á establecer la estacion, ó sean ciertas oraciones, y el ayuno de los miércoles, como el de los viernes del año, cuyos dias han sido siempre mirados por los fieles como dias singularmente consagrados á los ejercicios de la penitencia.

Dos dias antes de la Pascua fué cuando los judíos tuvieron este consejo de iniquidad. Convínose en él que se tomarian medidas á propósito para apoderarse con seguridad y con maña de Jesucristo; que era preciso que esto se hiciese durante la noche, para que los que le seguian por el dia no estuviesen en disposicion de defenderle; y que no se haria durante la fiesta, no fuese que se suscitase alguna conmocion popular por este motivo. Pero sabiendo el Salvador que su hora habia llegado, hizo ver que él mismo era

el que disponia, así del tiempo como de la manera de su muerte; porque, habiéndose presentado el infeliz apóstata Judas para tratar con ellos sobre la entrega de su Maestro, les hizo mudar y adelantar sus resoluciones.

El introito de la misa de este dia está tomado del segundo capítulo de la carta de san Pablo á los Filipenses, en la que el santo apóstol, despues de haberles desenvuelto el gran misterio de las profundas humillaciones de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, les hace ver la gloria inmensa que ha seguido á estas asombrosas humillaciones; y que si este divino Salvador se ha humillado sin medida, ha sido á proporcion exaltado y glorificado. *Que á la invocacion del nombre de Jesus doble la rodilla todo lo que hay en el cielo, en la tierra, y en los infernos, porque el Señor ha sido obediente hasta morir, y morir en la cruz; y por esto, nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre; esto es, Jesucristo, Dios y hombre, está verdaderamente en el cielo, á la diestra de su Padre celestial, gozando de la gloria que le es debida como Dios, y de la que justamente se ha adquirido por sus tormentos como Dios y hombre. Escuchad, Señor, mi oracion, y lleguen hasta vos mis clamores.* Estas palabras están tomadas del profeta David, sumergido en la afliccion mas viva, y en este concepto figura de Jesucristo.

Como el sábado siguiente es dia de órdenes, la Iglesia, como se ha dicho en otra parte, lee siempre el miércoles que las precede dos epistolas en la misa. Las dos que ha elegido para este dia están tomadas del profeta Isaias. La primera anuncia la llegada del Salvador, pedido y esperado tanto tiempo habia, que

familia con el sudor de su rostro; aquí estaría la santísima Virgen haciendo labor, y cosiendo con sus virginales manos aquellas pobres y sacrosantas ropas con que habia de cubrir su desnudez el que viste de yerba los campos, los árboles de hojas, los brutos racionales de vestidos oportunos, y cubre de estrellas el firmamento; aquí guisaría la pobre comida; aquí tendria el lecho virginal y purísimo; allí tendrían recogidas sus alhajas, propias de su pobreza; y aquí el Hijo de Dios hecho hombre trabajaria con su padre putativo, obedecería á lo que le mandase su Madre, y daría todas las pruebas imaginables de un hijo el mas humilde, el mas obediente y perfecto. ¿Hay lugar en el mundo, hay cosa visible ni invisible que ofrezca campo á tantas y tan provechosas consideraciones? ¿ofrecerá en parte alguna la naturaleza objetos que te puedan mover á tanta ternura? Es preciso confesar que no, y hecha esta confesion sencilla, da á Dios las mas rendidas gracias por el beneficio que celebra la Iglesia en este dia.

El evangelio es del cap. 1 de san Lucas.

In illo tempore : Missus est angelus Gabriel á Deo in civitatem Galileæ, cui nomen Nazareth, ad Virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph, de domo David, et nomen Virginis Maria. Et ingressus angelus ad eam, dixit: Ave, gratia plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus: Quæ cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio. Et ait angelus ei: Ne timeas, Maria, invenisti

En aquel tiempo: Fué enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una virgen desposada con un varón, por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo entrado el ángel á su presencia, le dijo: Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres: lo cual oyendo ella, se turbó á sus palabras, y pensaba qué suerte de salutacion fuese esta. Y el ángel le dijo

enim gratiam apud Deum: No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios: Mira, concebirás, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesus. Este será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios la silla de su padre David: y reinará sobre la casa de Jacob eternamente. Y su reino no tendrá fin. Dijo María al ángel: ¿Cómo se ha de hacer esto, si yo no he conocido varón? Y respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto tambien lo que ha de nacer de tí, que será santo, se llamará Hijo de Dios. Y mira, Isabel tu parienta tambien ha concebido en su vejez un hijo, y esta ya en el sexto mes la que se decía estéril; porque para Dios nada será imposible. Dijo pues María: Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.

MEDITACION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en la encarnacion manifestó el Hijo de Dios tanto amor al género humano, que le llenó de todos los beneficios imaginables, le distinguió entre todas las criaturas, y se humilló hasta el ex-

tremo de anonadarse, como dice san Pablo escribiendo á los Filipenses (1).

Luego que fueron criados los ángeles, se encontraron muchos espíritus rebeldes que, seducidos por su misma malicia, adoptaron la proposición de su jefe, y se atrevieron á decir: *Ensalzaré mi solio sobre los astros del cielo: seré semejante al Altísimo*. Este pecado de soberbia precipitó en los abismos la tercera parte de los ángeles, á quienes Dios había criado en justicia original. Cria despues al hombre, y rebelde este al precepto que le impuso, pretende ser como Dios, adquiriendo la ciencia del bien y del mal. Este pecado se transfunde en toda su posteridad, y con él todas las calamidades y miserias imaginables, en tanto grado, que todos cuantos nacemos, nacemos hijos de ira y de venganza, enemigos declarados de Dios, y partidarios del demonio. Tanto por el primer pecado de los ángeles, como por el de los hombres, se vió Dios privado de una gran parte de aquellas criaturas que había formado de la nada para manifestar su gloria. Entra en consejo su divina sabiduría sobre el remedio de tanto mal; y decretando la reducción del género humano, y para ella hacerse hombre, deja á todos los ángeles rebeldes en el abismo de su perdición, condenados para siempre. ¿Puede hacerse esto, ó cristiano, sin un amor intensísimo al linaje de los hombres? ¿no adviertes en esta sola acción una predilección, un amor intenso de tu Dios, que exige de tí la mas tierna correspondencia y el mas perfecto agradecimiento?

Pero ¡á cuánta costa, con cuánta humillación suya te amó! Se anonadó á si mismo, dice san Pablo, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante á los hombres, y vistiéndose de su mortalidad y miserias. San Leon el Grande (2) explicó en pocas palabras

(1) Cap. 2. — (2) In Serm.

todo el énfasis que contenía la sentencia de san Pablo, diciendo: *La majestad se trueca en la encarnación en humildad, la virtud en flaqueza, y la eternidad en una vida mortal*. El Dios de majestad, aquel delante de quien tiemblan los mas encumbrados serafines, y que con sola una mirada hace temblar las columnas del firmamento, se viste de una carne frágil y deleznable, habita nueve meses en la estrechez del claustro virginal de María, y se abisma hasta el estado de parecer el mas vil y despreciable entre los hombres. No elige, como pudiera, el nacer de reyes poderosos, de grandes conquistadores, ó de gentes igualmente ruidosas en el mundo; su majestad recibe la humillación, adopta la humillación, prefiere la humillación, y se ve trocada y convertida en humildad. De la misma manera, en la encarnación vemos su valor, su potencia, su virtud sujeta á todas las miserias y enfermedades que afligen á nuestra naturaleza, exceptuando solo el pecado: nace llorando como los demás niños; todas las inclemencias del cielo, todas las variaciones de la atmósfera, y las combinaciones de los elementos, dispuestas sabiamente por su mano poderosa, afligen á aquel cuerpo delicado, y le hacen sentir los mismos dolores y penas, y aun mayores que las que padecen las demás criaturas sensibles. Padece hambre, sed, pobreza; es perseguido de sus enemigos, y tiene que libertarse de ellos con la fuga; y últimamente, aquel que todo lo sostiene con la palabra de su virtud, como dice san Pablo á los Hebreos (1); aquel que en cuanto Hijo de Dios es la felicidad completa de los bienaventurados, se sujeta voluntariamente á todas nuestras enfermedades, hasta cargarse de ellas, como dice el Profeta. Así se verifica que en la encarnación, en este misterio adorable sobre todos los misterios, toda la virtud del

(1) Cap.

Hijo de Dios está trocada en debilidad, enfermedad y flaqueza. Finalmente, en la encarnacion vemos con espanto, que un Dios eterno, infinito, inmenso é inmortal se reduce á tener una vida limitada al breve círculo de treinta y tres años, permite ser estrechado de los lazos de un cuerpo mortal, encerrándose en el seno de una vírgen aquel á quien no pueden contener los cielos y la tierra, se sujeta á la muerte y á todos los escarnios y tormentos que la precedieron, permitiendo que le hiciesen sus enemigos ser el oprobio de los hombres y la hez de la plebe. ¿Puede llegar á mas la humillacion de un Dios, ni el amor que manifestó al hombre en la grande obra de la encarnacion?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el Hijo de Dios quiso hacerse y llamarse Hijo del hombre á costa de tantas humillaciones y trabajos, no para conseguir por medio de su encarnacion una gloria estéril, sino como dice san Agustin (1): *Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciese Dios.*

San Juan evangelista, en el capítulo primero de su evangelio, refiriendo el misterio inenarrable de la generacion eterna y de la encarnacion temporal, explica los soberanos fines que tuvo en esta la divina Sabiduría, diciendo: *Vino Dios al mundo; y á aquellos que le recibieron les dió potestad para hacerse hijos de Dios.* Conforme á esto dice san Agustin (2): *No hay que desesperar ya de que por la participacion del Verbo puedan los hombres hacerse hijos de Dios, cuando el Hijo de Dios, por participacion de la carne, se hizo hijo del hombre.* No se puede, pues, dudar que la dicha de los cristianos ha subido por la encarnacion á tan alto grado, que por ella pueden ser hijos de

(1) Serm. 9. de Nativitate. — (2) De Grat. Nov. Testam.

Dios, hermanos de Jesucristo y coherederos con él del reino de su Padre. Pero ¿crees acaso, ó cristiano, que todas estas grandes honras, todas estas sólidas utilidades se consiguen y disfrutan con tener la nominacion de cristianos, sin poner por nuestra parte cosa alguna que nos haga dignos de su obtencion? El mismo san Leon, que nos abrió el camino en la consideracion de las humillaciones del Verbo, nos ha de instruir tambien en orden á nuestra propia exaltacion y gloria. Hablando del alto grado de dignidad á que subió la humana naturaleza, por haberse hecho hombre el unigénito Hijo de Dios, dice estas palabras dignas de su ingenio, de su piedad y de su elocuencia: *Conoce, ó cristiano, tu dignidad, y hecho participante de la divina naturaleza, no quieras ya volver mas á la vileza antigua con costumbres indecentes al alto carácter de que estás revestido.*

Debes, pues, ó cristiano, sostener y mantener la dignidad de hijo de Dios con las acciones y virtudes propias de tal dignidad. En el mundo vemos que los hombres sensatos tienen presente en sus acciones el honor de sus antepasados, y muchas veces basta esta consideracion para contenerlos de caer en una accion vil, ó de cometer un delito. Si esto hacen los hombres por no desdecir de ser hijos de otro hombre, ni manchar la memoria de un padre mortal y perecedero, ¿qué no deberás hacer por no desmentir el concepto de hijo de Dios, y mantener en toda su dignidad y grandeza este honor incomparable? Pero aun esto es poco: debemos levantarnos sobre nosotros mismos, y afectar en nuestras acciones que somos de una naturaleza superior á la humana. Y cómo, dirás, podrá lograrse eso? Fácilmente, levantándote sobre todas tus pasiones, haciéndote superior á todas tus flaquezas y enfermedades, contrastando todos los vicios, y alejando de ellos y de los enemigos del

alma una completa victoria. Lo último y mas doloroso á que se sujetó el Hijo de Dios por la encarnacion, fué la mortalidad; y realmente, todos los trabajos de su vida juntos no tienen comparacion con los que padeció para haberse de separar su santísima alma de su inocente cuerpo. Con aquellas agonías terribles que llegaron á bañar su rostro, sus ropas, y aun el suelo con sudores de sangre, nos mereció la inmortalidad. Desde el pecado del primer hombre reinó la muerte en nosotros; pero con la gracia de Jesucristo reina la vida. Unidos como miembros á nuestra cabeza gloriosa, á Jesucristo resucitado con una eterna inmortalidad, debemos ya ser participantes de todos los privilegios de su gloria; pero al mismo tiempo se ha de tener presente que no puede ser miembro de un cuerpo virginal y puro el carnal y deshonesto; de un cuerpo mortificado y atormentado hasta lo sumo el voluptuoso y regalado; y últimamente, de un cuerpo santo de todas maneras el que de ninguna lo es, sino instrumento de todos los vicios.

JACULATORIAS.

Eramus naturâ filii iræ. Ad Ephes. cap. 2.

Éramos, Señor, por nuestra naturaleza hijos de ira y de venganza, abismados en todas las enfermedades y miserias contraídas por el primer pecado.

O inestimabilis dilectio charitatis! ut servum redimeres filium tradidisti. Gregor. lib. 3, Moral.

¡O inestimable caridad, ó amor intensísimo, para redimir á vuestros siervos de las miserias á que estaban condenados y sujetos, entregaste á tu mismo Hijo para que se hiciese hombre, y libertase al hombre de la muerte, ensalzándole hasta el grado de asemejarse á tí mismo!

PROPOSITOS.

Si Dios no amara á los pecadores, dice el gran padre san Agustin (1), *no hubiera bajado del cielo á la tierra por causa suya.* Y en el libro de *Continentia*, cap. 12, *el Salvador tomó sobre sí todas las miserias y flaquezas del hombre, resuelto á salvar y redimir á todo el hombre.* En estas sentencias de este santo padre encuentra el alma del cristiano tales motivos de consideracion, que es preciso ser insensible para no prorumpir en rendidas gracias y encarecidos afectos de alegría, viendo la dignacion de la divina misericordia. No hay tribulacion en esta vida que sea comparable con aquellas tribulaciones que se originan de motivos espirituales. Cuando llega un cristiano á dejarse arrastrar enteramente de la fuerza de sus pasiones; cuando una vida corrompida le hace mirar con sustos y sobresaltos la hora de la muerte que se le acerca; cuando su conciencia, que es el fiscal mas inexorable y severo, no le anuncia por todas partes otra cosa que la indignacion divina y el justo castigo de la venganza eterna; cuando finalmente, colocado el hombre, entre sus mismos delitos, apenas ve camino abierto para otra cosa que para la desesperacion, parece que calma todas sus angustias, todos sus temores y rezelos con sola la sentencia de san Agustin, con solo decir: *Si Dios no amara á los pecadores, no hubiera bajado del cielo á hacerse hombre por ellos.* Es verdad que ciego y desatinado me entregué á todos los deseos de mi corazon: es verdad que quebranté las leyes eternas, y que ingrato á la bondad divina desconocí sus paternos beneficios y sus misericordias. Pero por eso ¿me he constituido en un grado mas abominable que el de pecador? No; pues si Dios no amara á los pecadores, no hubiera bajado del

(1) Tract. 49, in Joann.

cielo á la tierra por ellos. Asi lo dijo el mismo Jesucristo, que no habia venido á llamar á los justos, sino á los pecadores; que los enfermos necesitaban medicina, no los sanos y robustos. Por tanto, en la encarnacion del Verbo divino tenemos un manantial inagotable de misericordias y consolaciones; pero guardate al mismo tiempo, ó cristiano, de convertir en tu daño y en verdadero veneno, lo que se ha instituido para tu provecho y medicina. Es un daño muy grave la desesperacion; pero tampoco es de ninguna utilidad demasiada confianza. El entregarse á los vicios y á una vida relajada en la confianza de que el Hijo de Dios se hizo hombre para redimir á los pecadores y salvarlos, y que no ha de querer que se pierda el precio de su sangre, es una verdadera temeridad, es una impiedad sacrilega, es el abuso mas criminal que se puede hacer de los divinos dones. Estos excitan á todo hombre racional y sensato á dar gracias rendidas á la majestad divina, á adorar sus sacratísimas obras, y á confundirse viendo en un Dios omnipotente y eterno tanta dignacion para con unas viles criaturas; y últimamente, inducen una obligacion á averiguar con cuidado la voluntad, las leyes y preceptos de su bienhechor, para cumplirlos con tas exactitud, que merezcan su amor y su confianza. A esto deben reducirse todos tus afectos y propósitos en la festividad de este dia.

DIA ONCE.

SAN DÁMASO, PAPA.

San Dámaso era español de nacimiento: no se sabe de qué ciudad ó provincia, pretendiendo los de Tarragona en Cataluña, y los de Guimarans en Portugal

apropiarle á sus respectivas ciudades; y una lápida que hay en la parroquial de San Salvador de Madrid le hace natural de esta corte. Vino al mundo por los años de 304. Habiéndose establecido en Roma su padre, llamado Antonio, llevó consigo su familia, que consistía en dos hijos pequeños, Dámaso el uno, y la otra Irene, mas pequeña todavia que su hermano. Habiendo enviudado su padre, se hizo clérigo, se ordenó de lector; y como era de una hombría de bien conocida, de una piedad ejemplar é instruido en las sagradas letras, fué hecho diácono, y finalmente presbitero de la Iglesia romana, agregado á una de las parroquias de la ciudad, que tenia el título de San Lorenzo. Nuestro santo fué educado con gran cuidado al lado de su padre, quien, encontrando en Dámaso un excelente ingenio, y un corazón nacido para la piedad, no omitió diligencia alguna para darle una bella educacion, y para hacer que se instruyera en todas las ciencias. Gustaba Dámaso del estudio, pero no tenia menos inclinacion á la piedad; y así hizo maravillosos progresos en la virtud y en las ciencias. La pureza de sus costumbres y su rara erudicion le conciliaron la estimacion de todos. Fué admitido en el clero, y bien pronto llegó á ser la admiracion y el ejemplo de los eclesiásticos. Servia en la misma iglesia que su padre, y toda su conducta fué de una tan grande edificacion, que era, como lo testifica san Jerónimo, el modelo que se les proponia á todos para imitar. Era diácono de la Iglesia romana, cuando el papa Liberio fué arrojado de su silla por el emperador Constancio por la defensa de la fe y de la inocencia de san Atanasio el año 355. Por poderosos que fuesen los arrianos, y por mas arriesgado que fuese el declararse por el papa, el dia mismo que le cogieron para llevarle al lugar de su destierro, se obligó Dámaso con juramento solemne ante el pueblo,